

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



*María Purificación Estébanez Gallego*

*Como en casa*

Mis cuatro décadas  
en la Universidad Católica

Cuadernos del Archivo de la Universidad 8

Lima, 1998

## *Cuadernos del Archivo de la Universidad*

### Comité editorial

Presidente : José Agustín de la Puente Candamo

Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla  
René Ortiz Caballero  
Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz  
Archivero de la Universidad

Estébanez Gallego, María Purificación  
Como en casa: mis cuatro décadas en la  
Universidad Católica. -- Lima: PUCP,  
1998.

67 p.; 20 cm. (Cuadernos del Archivo  
de la Universidad: 8)



*Purita*

*Doctora MARÍA PURIFICACIÓN ESTÉBANEZ GALLEGO*

Profesora Emérita

Departamento Académico de Humanidades

12 de setiembre de 1997

(Foto por Luis Miguel Espejo)



## *Presentación*

En este **Cuaderno del Archivo de la Universidad** celebramos los cuarenta años de docencia, la publicación de la *Gramática de la lengua latina* y el Profesorado Emérito de Purificación Estébanez, lo cual es un justo motivo de júbilo institucional.

La enseñanza del Latín, en mis tiempos de estudiante, se reducía a sólo un curso electivo que estaba a cargo del profesor Renzo Lorenzini, solitario combatiente de esa lengua clásica. Es por eso que cuando se incorpora a la docencia Purificación Estébanez se puede decir que se inició una nueva etapa en la enseñanza del Latín en nuestra antigua Facultad de Letras.

De 1955 a nuestros días, quedan muchos recuerdos comunes de su labor docente. Pero al profesor de nuestra Universidad se le exige algo más: testimonio de vida y apostolado. Purificación Estébanez cumplió ese precepto a cabalidad porque su formación espiritual en la Institución Teresiana lo hizo posible.

Todo llega a su tiempo. Así en 1995 la Universidad publica su *Gramática de la lengua latina*. Este libro queda como presencia suya en el diálogo con sus alumnos y colegas, cuando éstos se vean obligados a defender el valor de las humanidades en la formación humana.

No estamos evocando un pasado institucional concluido porque nuestra amiga ha decidido su retiro. Su nombramiento de Profesora Emérita prueba lo contrario, pues ha establecido un lazo presente y vitalicio.

Muchos hombres y mujeres como Purificación Estébanez se han sentido *como en casa* porque descubrieron el mensaje perenne de la idea fundacional de nuestra Universidad. Nuestra amiga Purita lo



*Memorias*



*Como en casa*  
*Mis cuatro décadas en la Universidad Católica*

Se me ha invitado a escribir acerca de mis cuarenta años como docente en la Pontificia Universidad Católica del Perú.

He aceptado gustosamente la invitación aunque no me va a resultar fácil expresar y comunicar lo vivido. Quizá el título que he elegido sintetiza, en parte, lo que deseo expresar: me he sentido siempre **como en casa**.

**Como en casa**, sabiendo que la casa no es tan sólo "espacio y tiempo" sino lugar de acogida, valoración, amor y estima mutua. Me atrevo a atestiguar que durante estos cuarenta años de docencia en esta casa de estudios -lugar del saber- me he sentido como en mi casa. La cordial y generosa acogida me lo han hecho sentir así desde el primer día. **Gracias**.

Tratando ahora de hacer memoria, de repasar los hechos y ordenar las ideas -volviendo a la imagen de la casa, dicen que ésta es como la memoria de la familia a través del tiempo y registra su historia-registro dentro de esas cuatro décadas tres etapas distintas y claramente definidas.

La primera es para mí la **etapa de inculturación**, inserción y aprendizaje. Esta primera etapa como docente en la Universidad Católica, se inició para mí un 4 de abril de 1955 en las aulas de la antigua Facultad de Letras, en la Plaza Francia, como profesora en los cursos de Latín I, II, III y IV. No eran muchos los alumnos matriculados entonces (de 12 a 15 en los primeros cursos y de 4 a 7 en los dos últimos) pero los recuerdo como excelentes en calidad. Muchos de ellos son actualmente destacados profesores universitarios o desempeñan cargos relevantes en el país y fuera de él como profesionales, políticos, etc.

Denominaba antes a esta primera etapa, etapa de inculturación y aprendizaje, y voy a subrayar ahora lo de **aprendizaje**, ya que siendo docente me hice discente, es decir, me tocó aprender, y tuve

ocasión de aprender mucho de la rica cultura e idiosincracia del Perú. Sin embargo, no era ésta una etapa fácil para quien llegaba de fuera, con una especialidad en Filología Clásica recién terminada en la Universidad de Salamanca y aún sin estrenar. El encontrarme con una comunidad universitaria que me acogía y me ofrecía un caudal de experiencia me ayudó enormemente. Recordaré siempre con especial gratitud el estímulo oportuno que recibí del doctor Luis Jaime Cisneros cuando en uno de aquellos primeros días de clase, al salir del aula donde dictaba mis cursos de Latín, me saludó diciendo: "Sus alumnos están contentos". ¡Qué buena motivación para una profesora novel e inexperta!

A pesar de todo, el recorrido no se me presentaba fácil. Era la etapa de "bregar", de abrir caminos, de despertar el gusto por el Latín. Preparando mis clases, he recordado, repetidas veces, la narración de C. Vallés en su libro: *Ojos abiertos, ojos cerrados*, el relato de aquella madre que se había propuesto despertar en su hijo el gusto por la música clásica y aprovechaba para ello cualquier momento y circunstancia, ya que el padre del niño deseaba que su hijo se dedicase a la música moderna. Cuando el muchacho debía hacer su opción, su respuesta fue contundente: música clásica. De un modo casi imperceptible pero real, y con el empeño que ponen las madres, el hijo, desde niño, había aprendido a gustar la música clásica. *Despertar el gusto por el Latín* y los valores humanistas de los clásicos, y ante todo, el saber transmitir esto a mis alumnos/as era tarea que me urgía en esta etapa y a la que debía dedicar empeño y tiempo.

De esta primera etapa, recuerdo también la satisfacción que me produjo el nombramiento para integrar la entonces denominada "Comisión de Acción Social", la primera en la U.C., allá por el año 1957. Esto tenía para mí un significado especial, pues ya no se trataba solamente de enseñar Latín. Formar parte de esta Comisión me relacionaba y acercaba a los problemas y situaciones del país, establecía contacto con la realidad peruana, con sus luchas y esperanzas, con sus dificultades, logros y posibilidades, y me surgía acuciante el deseo de saber articular fe y justicia social, *evangelización y liberación*.

También de esa época -1958- me complace recordar mi primer trabajo de investigación en la U.C. acerca de la pronunciación del Latín. Fue presentado al *Symposium* que organizó la Facultad de Letras de la PUCP, y, más tarde, publicado por el Instituto de Filología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, bajo el título de "La pronunciación del Latín en los siglos clásicos".

Y como algo anecdótico de esta etapa, me gustaría aludir a la manera de realizar por entonces las pruebas de admisión a la U.C., y más concretamente, a la corrección de éstas, dado por supuesto el que no contábamos con los avances tecnológicos de hoy. La corrección de los cuadernillos la efectuábamos los profesores y profesoras, a puertas cerradas, en el Instituto Riva-Agüero. Estas "encerronas" se prolongaban durante varios días y también parte de algunas noches. Se trataba de un servicio a la Universidad, pero sobre todo, una excelente oportunidad para crear y estrechar lazos de cercanía y amistad entre colegas. Además, las ingeniosas respuestas de algunos de los postulantes nos proporcionaba buenos ratos de distracción y buen humor que aliviaban la tarea. Algunas respuestas merecían ser archivadas. Digna de recordarse, por ejemplo la de aquel postulante para quien las Guerras Púnicas eran las que habían tenido lugar en Puno...

Por último, no quisiera cerrar esta primera etapa sin antes dedicar un recuerdo entrañable y agradecido a la memoria de monseñor Fidel Tubino que, siendo rector, me recibió en la U.C. y en quien siempre encontré apoyo y cercanía. La autorizada palabra del reverendo padre Mac Gregor, S.J., rector emérito, se expresaba en cierta ocasión así: "el santo obispo Tubino". Me uno a este merecido -y para mí, el mejor- elogio.

A la segunda etapa, la denominaría yo **etapa de consolidación** y arraigo en la Universidad. Ya por entonces, nuestra casa de estudios había crecido en todos los órdenes. También materialmente había ampliado su espacio. Tenía su *campus* en Pando y había aumentado su capacidad de convocatoria, ya que la casa no sólo acoge sino que convoca.

También el Latín iba haciendo camino: crecía considerablemente no sólo el número de alumnos sino -y esto era lo más importante- el interés por el curso. Ya no solamente seguían el curso los alumnos de las especialidades de Lingüística y Literatura y de Filosofía para quienes el curso era obligatorio, sino que había un buen número que lo elegían como curso optativo. Algunos de la especialidad de Historia, y muchos -excelentes alumnos, por cierto- procedían de la Facultad de Derecho.

Tuve además, por entonces, la oportunidad de dictar algunos cursos de Griego a los alumnos de la especialidad de Filosofía, tarea especialmente grata para mí y buena ocasión para refrescar mis conocimientos y recordarme que también el Griego formaba parte de mi especialidad en Filología Clásica y era complementariedad ineludible.

Pero quizá una de mis mayores satisfacciones con relación al dictado de cursos, me la proporcionó la propuesta de dictar un curso monográfico sobre los místicos del Siglo de Oro español dentro de la Especialidad de Lengua y Literatura. Adentrarme una vez más en las obras de Juan de la Cruz y de Teresa de Jesús (mi amiga de siempre por muchas razones) fue para mí tarea especialmente grata... Años después, la celebración de la "Semana Teresiana", que la U.C. organizó con motivo del IV Centenario de la muerte de Santa Teresa, me brindó también la oportunidad de pronunciar una conferencia en Riva-Agüero, con el título de: "Teresa de Jesús, mujer", y la de un artículo: "Santa Teresa de Jesús, la primera mujer Doctora de la Iglesia", publicado en la *Revista de la Universidad Católica*.

Durante esta segunda etapa, se me invitó, y acepté gustosamente, a dictar un curso de Literatura Infantil en la Facultad de Educación, y años más tarde, también la Facultad de Educación me ofreció la oportunidad de colaborar en su revista con "Algunas reflexiones sobre enseñanza del Latín".

No menos de quince años más he dictado cursos de lengua en Estudios Generales Ciencias. Un contexto distinto y para mí una experiencia nueva y que me ayudó a hacer una síntesis

complementaria y siempre enriquecedora. Recuerdo que el haber sido nombrada para integrar el Jurado Calificador del concurso literario **Mi paso por Estudios Generales Ciencias**, me permitió entrar a fondo y valorar esta realidad, a veces poco conocida, pero siempre valiosa. Un saber especializado y en búsqueda de una necesaria integración con las otras ramas del saber.

Asimismo, el haber integrado la Comisión de Literaturas Hispánicas de la Escuela de Postgrado me acercó a otra realidad nueva con mucha proyección de futuro. También el haber participado en la reforma curricular de la especialidad de Lingüística y Literatura fue una experiencia muy positiva e integradora.

Y sobre todo el hecho de haber formado parte del Consejo de la Facultad de Letras durante cinco años y el haber sido coordinadora, en dos ocasiones distintas, de la especialidad de Lingüística y Literatura, me brindaron una especial cercanía de colegas y alumnos/as y la oportunidad de ofrecerles unas relaciones cordiales.

Recuerdo como momentos singularmente propicios para el encuentro personal y el diálogo las horas de **asesoría**. Alumnos/as y también exalumnos/as venían a mi oficina para dialogar, en principio, sobre asuntos académicos. Comenzábamos, casi siempre, por el Latín. En esta etapa el curso ya no les ofrecía problemas serios y ellos mismos se habían dado respuesta acertada a la consabida pregunta de: ¿para qué sirve el Latín, para qué vale el Latín HOY? Yo gozaba escuchando que el Latín les facilitaba un conocimiento cabal de la gramática del español, que enriquecía su universo cultural a través de la etimología y que les había ayudado a mejorar su ortografía. Algunos subrayan también el poder formativo del Latín como disciplina e instrumento eficaz para su desarrollo intelectual.

Como expresaba anteriormente, el diálogo solía iniciarse a partir del Latín o de otros asuntos académicos, pero, con frecuencia, derivaba hacia otros temas que me ofrecían la posibilidad de ayudar y orientar al alumno/a. Es cierto que a mí me tocaba

suscitar, mantener el diálogo y ante todo, saber **escuchar**, pero procuraba aprovechar esta excelente ocasión para una orientación y formación en valores, comenzando por los del humanismo clásico: el "*otium*" frente al "*negotium*", el valor de la amistad, la moderación y el equilibrio, el servicio y el amor a la patria, a los "*maiores*", a las tradiciones de los antepasados, etc, etc. Una cosmovisión humanista anclada en valores éticos y permanentes.

Siempre he considerado un privilegio el poder trabajar y compartir con los jóvenes, porque siempre es hora de aprender y de ellos he aprendido mucho. He aprendido, entre otras muchas cosas, que compartir con los jóvenes exige estar dispuesto para el cambio y asumir el riesgo y la novedad. Esto lo he experimentado especialmente durante los doce años que he colaborado como asesora del CAPU (Centro de Asesoría Pastoral Universitaria). He coordinado distintos **grupos de reflexión cristiana**, una experiencia grata y que me complace recordar. Los grupos de reflexión estaban conformados, en su mayoría, por jóvenes que, después de recibir el sacramento de la Confirmación, deseaban reafirmar la experiencia vivida. Fortalecidos en su fe, les urgía trasmitirla y llevarla a la vida. Se trataba de jóvenes conscientes de que la fe crece en la medida en que se trasmite, de igual manera que el amor aumenta cuando se da. Los ratos de oración y reflexión en el CAPU exigían cambio y compromiso. Eran los años del terror y arreciaba la violencia en el Perú, crecía la pobreza y la injusticia social. Los jóvenes no podían permanecer inactivos y había que arriesgarse. Ya lo había dicho poéticamente Miguel Hernández: "*...juventud que no se arriesga ...ni reluce ni florece*".

Arriesgarse para construir la paz y la fraternidad entre todos los peruanos, luchar por la justicia y ponerse de parte de los más necesitados era tarea urgente para estos jóvenes que soñaban con una sociedad fraterna y solidaria. Se trataba, ante todo, de anunciar el Evangelio con la vida, y a mí como coordinadora del Grupo me tocaba hacer el camino con ellos, consciente de que los jóvenes no quieren que se les dé la vida hecha ni que se les margine de las decisiones. Fue, repito, una

experiencia muy rica y con la que también yo fui evangelizada.

Y por último, se acercaba la etapa final, la que yo denomino la **tercera etapa**, dedicada a preparar **un futuro con esperanza**.

Retomando la imagen de la casa, con la que he comenzado estas memorias, había llegado para mí el momento de dejar la casa, de "levantar la tienda", que, por algo, no tenemos acá morada permanente. Me costaba, pero había que asumirlo y, ante todo, y como siempre he procurado hacerlo, con esperanza.

Consciente de que cada presente gesta el futuro, ese futuro *había que prepararlo*. Para ello, y pensando en el futuro del Latín, elegí de entre mis exalumnos a aquellos que más se habían interesado por el curso y a quienes consideraba capacitados para ser mis continuadores. Ya desde hacía tiempo yo había ido preparando este tránsito. Me había propuesto, además, dejarles un instrumento de trabajo que les facilitase la tarea y hacía años que venía reuniendo los materiales para la edición de una gramática latina. El fondo Editorial de la U.C. y, sobre todo, el apoyo y la colaboración de las autoridades académicas me facilitaron el camino, y el 4 de diciembre de 1995, pudo hacerse la presentación del libro en el Auditorio de Humanidades. Un manual breve y sencillo, pues el tiempo apremiaba, pero que considero, y así lo deseo, un instrumento apto para la iniciación e introducción en el Latín. Una base gramatical necesaria pero no exhaustiva teniendo presente que la gramática no es un fin sino un medio. Creo también que, además de llenar un vacío importante, dada la escasez de este tipo de publicaciones en el Perú, el libro es, ante todo, fruto de mi larga y grata experiencia de la enseñanza del Latín en la U.C. enriquecida, sin duda alguna, con los valiosos aportes y sugerencias de tantos alumnos/as y exalumnos/as. A ellos va especialmente dedicada esta primera edición. Quizá también algún día pueda hacerse realidad una segunda parte complementaria, con atención especial a las formas anómalas e irregulares y otros aspectos aún no tratados.

El 12 de diciembre de 1995 solicité mi cese en la PUCP después

de cuarenta años como docente; cuarenta años que he pasado y he vivido "como en casa". Con razón escribía Antonio Machado: "todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar". Pasar haciendo el bien, creo yo que es lo que más importa y esa seguirá siendo mi meta. Transmitir los valores del Evangelio, esos valores que, como expresaba el señor rector, doctor Salomón Lerner en la apertura del presente año académico de 1998, deben inspirar nuestro quehacer científico y profesional.

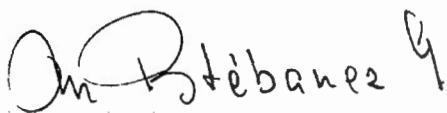
El nombramiento de *Emérita* que el Consejo Universitario tuvo a bien otorgarme el 6 de agosto de 1997, y que merece de mi parte un agradecimiento especial, me permitió volver a mi querido Perú y encontrarme de nuevo en la U.C. Agradezco, ante todo, el poder seguir vinculada a esta mi Casa de Estudios, y aunque nos separe un espacio geográfico considerable, habrá siempre una cercanía que supera el espacio y sigue viva en el recuerdo y agradecimiento.

Dicen que hay ocasiones en que la memoria funciona como un lente de aumento y magnifica y embellece los hechos y los tiempos pasados. Puede que sea así, pues, aunque me había propuesto ser objetiva al escribir estas memorias, estos recuerdos *han pasado por el corazón...* y han aflorado los sentimientos, y, muy en especial, el agradecimiento y la amistad.

Por ello no quisiera terminar sin hacer memoria, (dicen que el agradecimiento es la memoria del corazón) sin agradecer a tantas personas, docentes y no docentes, exalumnos/as que me han ayudado a sentirme en la U.C. durante estos cuarenta años "como en mi casa". Espero me disculpen si no cito nombres, pues la lista sería muy larga, pero sí me voy a permitir un agradecimiento especial para las autoridades de la Universidad, y muy en especial para el rector, doctor Salomón Lerner, al que, además de rector, he considerado siempre como un amigo cercano y entrañable.

Finalmente, me gusta recordar cómo en cierta ocasión una exalumna que me conoce bien, al presentar algunos rasgos de

mi persona, destacaba uno, que, creo yo, es muy cierto... Decía ella que cuando alguien había entrado en mi corazón, ya no salía. Así es: el Perú, y en especial la U.C., han entrado en mi corazón desde hace muchos años y seguirán en él *siempre*. Una vez más, **Gracias.**

A handwritten signature in black ink, reading "Juan Sebastián G." with a stylized flourish at the end. The signature is positioned above a long, thin horizontal line that spans across the width of the text.



*Presentación del libro*

**Gramática de la lengua latina**

**4 de diciembre de 1995**



## *Algo que perdura*

*Pepi Patrón Costa*

Creánme que no comienzo con el agradecimiento de rigor por cumplir con una formalidad. Me sentí y me siento muy honrada y muy agradecida por la invitación de la doctora Estébanez para intervenir en la presentación de su libro. Me hice y le hice, sin embargo, la misma pregunta que, estoy segura, se están haciendo muchos de ustedes: ¿qué puede decir una profesora de Filosofía que no se ocupa de autores latinos, ni del Imperio Romano y ni siquiera de filosofía medieval, de un libro de gramática de la lengua latina? Obviamente nada muy específico, salvo destacar su importancia pues llena un vacío importante que estudiantes y profesores agradecemos. No tengo competencia alguna para hacerlo respecto del contenido del libro. Los especialistas aquí presentes ya se han encargado de ello.

Mi único mérito para estar aquí es haber sido alumna de la doctora Estébanez hace muchos años, obviamente no voy a decir cuántos, y haber desarrollado un vínculo de afecto y amistad a lo largo de estos años. Como exalumna y ahora colega, creo, sin embargo, que de alguna manera represento aquí a los exalumnos y profesores de una especialidad de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Filosofía, en la que también -como en Lingüística y Literatura- son obligatorios cuatro cursos de Latín, todos ellos a cargo de la doctora Estébanez. Conversé, entonces, sobre esta presentación, con mis ahora compañeros de trabajo, entonces compañeros de estudio, pues somos muchos los que pasamos por los cursos de Purita.

Surgieron algunas ideas simpáticas, además de reirnos mucho recordando anécdotas de esos tiempos. El sólo hecho de salir corriendo de alguna de esas agitadas asambleas estudiantiles que había entonces en la Universidad para llegar en hora a la clase de Latín 2, despertaba en nuestros ortodoxos y revolucionarios dirigentes miradas de desconcierto.

Además de las anécdotas, conversamos sobre algunos temas que

podría ser pertinente desarrollar en un acto académico como el que hoy nos reúne. Podría, por ejemplo, proponer algunas ideas en torno a lo que significó, en el origen mismo de la modernidad, en el siglo XVII, el que finalmente se empezara a escribir filosofía en las lenguas naturales de los filósofos. Tanto Bacon, como Descartes y Hobbes escribieron ya en sus lenguas propias, además de hacerlo en latín. El *Discurso del método* es escrito en francés, primer texto de la historia de la filosofía escrito en dicha lengua, además de haber revisado el propio Descartes la traducción del latín al francés de algunas otras de sus obras. Hecho ciertamente vinculado al inicio de la filosofía moderna que se aleja, en este período inicial, de las universidades. Ya en el siglo XVIII Hume escribe en inglés, Voltaire y Rousseau en francés y Kant en alemán. Y es interesante señalar la importancia que tuvo este hecho en el proceso de secularización de la civilización occidental. O, a propósito de la importancia de la enseñanza del Latín, desarrollar algunas reflexiones sobre el sentido y la significación del concepto de lo clásico, tal y como lo lleva a cabo, por ejemplo, la hermenéutica contemporánea, en libros como *Verdad y método* de H.G. Gadamer. También es posible detenerse en la importancia que tiene en la filosofía política contemporánea la concepción romana de la *res publica*, la cosa pública, en momentos en que la idea misma de lo público parece una especie en vías de extinción. O la importancia del *otium*, el ocio, frente al no ocio, al *negotium*, en que tantos de nuestros contemporáneos consumen su tiempo y sus vidas. Ese ocio tan importante en la cultura clásica y condición, para los griegos, de la propia filosofía. A ello se refiere la autora tanto en la presentación como en la introducción de su libro, aludiendo a la temática de los textos elegidos en la selección que recoge el *Apéndice*. Incluso una colega me sugirió que por qué no decía algo sobre la situación de la mujer en el Imperio Romano. Y surgieron así, muchos temas interesantes, vinculados al Latín, que podrían desarrollarse en la presentación de un libro de gramática latina. Pero no se preocupen, no voy a hacer nada de eso.

Quiero simplemente, y eso es lo más importante, rendir un homenaje a la profesora -a la persona-, de quien no sólo aprendimos las declinaciones, la pronunciación correcta (clásica y no tradicional,

por favor, según nos indicá en la página 25) y la osadía de alguna traducción, sino también la rigurosidad, la paciencia y algo que ahora sé es una gran virtud en un maestro: la capacidad de no humillar a nadie, de no hacer sentir a nadie un incapaz, aunque muchos lo fuéramos en muchas ocasiones, en particular traduciendo a Cicerón o a San Agustín. Para quienes luego de estudiar nos dedicamos también a enseñar, podemos reconocer que los buenos profesores nos enseñaron no sólo lo que ellos saben, también nos enseñaron a enseñar. La paciencia y la tolerancia, nunca el fastidio o la irritación, fueron las características de las clases de Latín. Ello incluso estuvo a punto de causarnos algunos problemas. Recuerdo que en los primeros cursos de Latín la profesora Estébanez no exigía de los alumnos de Filosofía que memoricemos las declinaciones. Esta concesión no fue necesariamente muy bien acogida por algunos compañeros de lengua y literatura, en particular en la época de exámenes. Tengo entendido que la concesión luego desapareció.

He descubierto que las clases de Latín son un buen recuerdo para casi todos nosotros, al margen de cuanto Latín recordemos. Y creo que eso es parte importante de lo que una profesora deja en sus alumnos. Aún cuando muchos conservamos todavía nuestros cuadernos, con este libro eso ya no será necesario. Un libro que reúne rigor, disciplina y que resume años de experiencia. Pero que será siempre, sobre todo, para muchos de nosotros, la presencia de Purita, la profesora de Latín, cuya calidez y calidad humana hicieron del aprendizaje del Latín algo grato y, como dice la autora en su título, algo que perdura.

## *Los frutos de una larga siembra*

*Óscar Mavila Marquina*

No resulta fácil hallar las palabras y el tono adecuados para intervenir en un acto como este que hoy nos congrega. Peculiar acto, de ahí la dificultad para el discurso.

Formalmente -la invitación de la Facultad de Letras así lo indica-, se trata de la presentación de un libro. Un ritual más, podríamos pensar, de los muchos que las noches y los mediodías culturales de Lima offician para dar vida civil a textos de estudio y lectura en esta época en la que tanto conspira para que el arte detenido de la lectura se convierta en algo desusado, en actividad cada vez más enrarecida.

Según reza la convocatoria que hemos recibido, asistimos, pues, a la presentación de un libro; salvo que se trata de un libro muy especial para el aquí y el ahora que nos toca vivir: una gramática latina. En efecto, ¿qué puede significar la publicación que la doctora Estébanez nos ha deparado?

Para los más, seguramente se trata de un hecho intrascendente, muestra inequívoca de las sendas perdidas por las que transcurre la educación superior en el Perú. Una lengua que no sirve para los negocios, ajena a los afanes empresariales y a la dichosa reingeniería, qué importancia puede tener estudiarla, describirla, publicarle una gramática. Y conste que no hablo de la circunstancia de tratarse de una lengua muerta; los que piensan que esta publicación es irrelevante o inútil han olvidado ya, si es que alguna vez lo supieron, o ignoran este estado del Latín y lo que significa.

Lamentable como es esta opinión, se convierte en nefasta cuando mentes presuntamente académicas concuerdan tácitamente con ella al desdeñar la formación clásica en aquellos estudios que la requieren como sustento.

El libro que nos deja la doctora Estébanez, además de sus calidades

intrínsecas, es una muestra de la terca voluntad de la Universidad Católica -más específicamente, de su Facultad de Letras y Ciencias Humanas y de sus especialidades de Lingüística y Literatura- de mantener los estudios clásicos en la base de la formación de las especialidades humanísticas. La existencia de los cuatro cursos de Latín, con una afluencia de alumnos que nos ha obligado a establecer una segunda sección en los dos primeros cursos; el dictado de cursos de Griego, y más recientemente, los de Sánscrito, Persa, Chino y Japonés -estos últimos en el Centro de Estudios Orientales-, son una clara muestra de la atención que prestamos al *otium*, razón de la grandeza romana, tal y como nos lo recuerda nuestra autora en la introducción. Y al prestar atención a estas tareas, la Universidad, con profesores como la doctora Estébanez, no hace sino mantener -y ojalá pudiera enriquecer- lo que en el Perú de ninguna manera carece de tradición: los estudios clásicos. No solo los clérigos ilustrados se dedicaban al estudio y ejercicio del Latín. Baste recordar que en 1867, Pedro Paz Soldán y Unanue, más conocido como Juan de Arona, publicó su traducción del primer libro de *Las Geórgicas*, que le valiera -época en que las rencillas personales se resolvían con ingenio, aunque no siempre acompañado del buen humor- unos zahirientes sonetos de José Arnaldo Márquez. Bajo el título *La expiación de Virgilio*, decía el también traductor de Shakespeare:

*Cuando bajó al infierno Jesucristo  
a redimir las almas de los justos  
voló a postrarse ante sus pies augustos  
Virgilio que de todos fue el más listo.*

*“¡Padre!” -exclamó el cuitado- “¡Ya tú has visto  
que padecí bastante! ¡no más sustos!  
Mira que abjuro los paganos gustos  
a tu divina ley no me resisto!”*

*Volvió Cristo los ojos paternales  
y con dulce y severa voz le dijo:  
La piedad de mi Padre te perdona,*

*el cielo debe abrirte sus umbrales;  
pero antes de eso has de ser mártir, hijo",  
tradujo a Virgilio Juan de Arona.*

Y cuando Virgilio apela ante el Hijo de Dios, quiere Márquez que se dé el siguiente diálogo:

*"Di" -respondió el Señor: "Líbrame ¡Oh Padre!  
de ese verdugo. Dame otro castigo  
que no manche el laurel de mi corona,*

*Y hazme sufrir cuanto dolor te cuadre!"  
Sentencia y costas sufrirás te digo!"  
Y publicó las notas Juan de Arona.*

Hay que decir en bien de Arona que publicó estos versos como apéndice a su traducción, aunque con notas que ya podemos imaginar. Y que a pesar de la lapidaria sentencia de los cielos, esta traducción mereciera elogioso comentario de don Marcelino Menéndez y Pelayo.

No fue esta la única traducción latina de Arona. Como material de lectura para sus alumnos de Literatura Latina en San Marcos, publicó su *Poesía latina*, 1883, con textos de Lucrecio, Virgilio, Plauto, Ovidio, Fedro, Propercio y otros. Lo curioso de estas traducciones es que antes de salir en libro fueron publicadas periódicamente en diarios de Lima, para conocimiento de los lectores.

Años más tarde encontramos a Fernando Tola, padre e hijo, notables impulsores y estudiosos de las lenguas clásicas. El último, desde el Instituto de Filología y Lingüística de la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos -hoy venido a menos o inexistente- trató a la doctora Estébanez y le publicó un trabajo primigenio sobre la pronunciación clásica del Latín. Y aquí en la Universidad, aunque sin haber tenido la fortuna de tratarlo, puedo traer el recuerdo de monseñor Lituma, experto en Patrística, y del doctor Carlos Rodríguez Pastor, extraordinario profesor de Derecho Romano, de cuyo saber fui deudor en un examen de Latín III o IV; la buena nota

que obtuve -tal vez lo que haya animado a la doctora Estébanez a pedirme que intervenga hoy día- me fue dada por la sólida erudición de sus clases, más que por mi casi desvanecida dedicación al Latín.

El libro de la doctora Estébanez, si bien está organizado en 18 unidades y un apéndice, puede decirse que responde a una estructura que abarca cuatro partes, cada una de ellas correspondiente a los cursos de Latín que impartimos en la Facultad. Así, desde la unidad 1 hasta la 5 ó 6 son materia del primer curso; las que van de la 7 a la 11, al segundo; las de la 12 a la 17, al tercero; y la unidad 18 y el apéndice, que son textos para traducir y ejercicios, al cuarto. Del apéndice destacamos la inclusión novedosa de un texto del *Planctu Indorum*, obra en Latín de nuestra época colonial.

El estudio del Latín, como sabemos, y bien nos lo recuerda el capítulo introductorio de la *Gramática* de la doctora Estébanez, además de beneficiarnos con el conocimiento de otra lengua y de la visión del mundo y la cultura que la sustentan, nos ayuda a reconocer mejor la propia. Reflexionar y entender la morfología, reconocer la sintaxis y el porqué de sus relaciones y hasta la fonética, puesto que el modelo de pronunciación que el libro propone, como no podía ser de otra manera, es el clásico. Y nos lleva, todavía, hasta las fronteras de la ortografía.

He sido testigo de excepción de esto que aquí repito. No en mi caso personal, pues conscientemente o no, y tal vez porque mis profesores de gramática hablaban Latín, nunca tuve mayores problemas con el manejo de la lengua. Casos he visto en que una pésima ortografía, una vacilante sintaxis se hicieron de calidad y se despojaron de ambigüedades. Y hablo de alumnos nuestros, que superadas estas dificultades por el interés que pusieron en el estudio del Latín han resultado excelentes.

Decía al inicio que este era un acto peculiar. Y es que a la presentación del libro se suma la despedida de la profesora, de la amiga, de la colega que después de 40 años de docencia en nuestro país se ve precisada a retornar, al parecer definitivamente, a la tierra de sus mayores.

Y una despedida de esta naturaleza causa melancolía, pues uno vislumbra en ella lo que en algún momento futuro le aguarda y quisiera volver los ojos, como seguramente hoy los vuelve la doctora Estébanez, y encontrar la obra que ella ha sabido sembrar durante todos estos años de laboriosa y cordial dedicación a la enseñanza de su Latín adquirido en Salamanca, pero también sirviendo con igual espíritu de entrega en el puesto de combate cotidiano que significan los cursos de Lengua en Estudios Generales, donde me cupo la suerte de ser su colega -y un tanto responsable de ese servicio académico obligatorio, tan enriquecedor, por otra parte-.

Alegría, entusiasmo y dedicación pone la doctora Estébanez en su tarea docente. Y buen humor. Buen humor que distingue a las personas buenas. Al comentar sin sorna, pero con sonrisa alegre algunos de los descubrimientos de sus precoces traductores. Al relatarnos cómo los estudiantes son los mismos a través de los tiempos: no olvido lo que nos decía acerca de las inscripciones de las carpetas del aula salmantina de fray Luis de León, ni tampoco las peripecias por las que ella misma tuvo que pasar cuando tuvo que traducir a Propertio y parte de los *Himnos de los Mártires*, si mal no recuerdo, para su disertación de grado, que, por cierto, fue calurosamente aprobada. No de otra manera hubiera merecido la recomendación de don Antonio Tovar, como nos los recuerda Luis Jaime Cisneros en el prólogo.

Muchas anécdotas de las clases de la doctora Estébanez podría retrotraer a este luminoso mediodía, pero quisiera limitarme a una. En el anexo de la Plaza Francia, donde Emilio Líster, despojado de su derecho de ordenar a los estudiantes en el aula en "hombres a la derecha y mujeres a la izquierda", se aferraba con fuerza a su privilegio de verificar si el profesor estaba en el aula o no y asomaba su cabeza sin que mediara anuncio de ninguna especie. Un día lo hizo en la exigua clase de Latín -éramos 6 ó 7 estudiantes- cuando la doctora Estébanez conjugaba un verbo que tiene que ver con la sentencia ciceroniana *Nada de lo humano me es ajeno*, y que por cierto no es "amo - amas - amavi - amare - amatum". Espantado, corrió hacia el Decanato y con voz

susurrante y alarmada le contó al doctor Jorge del Busto -cuyo buen humor proverbial me hizo conocer la anéctoda- las "cosas tremendas que la profesora de Latín enseñaba a sus alumnos".

Muchas otras cosas podríamos decir este mediodía. Nos limitaremos a declarar nuestras gracias a la doctora Estébanez. Gracias por su *Gramática*, que es la prolongación de sus enseñanzas. Gracias por su ejemplo de colega íntegra, alegre, generosa. Prueba de esa generosidad y de su entrega a la labor cotidiana es el hecho de que la tarea que ha realizado sola durante todos estos años será asumida por dos jóvenes discípulos, José Alejandro Cárdenas Bunsen y Álvaro Cerrón-Palomino López, en quienes todos, por su generoso consejo, hemos puesto la confianza, que, seguramente, no será defraudada. Y esta es la mejor prueba de las calidades de maestra de la doctora Estébanez: puede volver los ojos y hallar tras de sí que lo sembrado durante tanto tiempo sigue dando sus frutos.

Por todas estas cosas y muchas más reiteramos ¡muchas gracias, doctora Estébanez!

## *Homenaje a la calidad humana*

*Salomón Lerner Febres\**

Estoy seguro de que nuestra entrañable amiga y colega María Purificación se habrá percatado de que ésta no es simplemente la ceremonia formal de presentación de un libro, ni únicamente el reconocimiento institucional a una impecable y fructífera trayectoria intelectual. Es también, y quizás principalmente, un homenaje a la calidad humana y espiritual de la autora, quien a lo largo de sus más de cuarenta años de labor docente ha sabido ganarse la simpatía, la admiración y el respeto de nuestra comunidad universitaria.

La *Gramática de la lengua latina*, que hoy presentamos, es muestra elocuente de lo que puede resultar de la combinación de conocimiento profundo de una materia, con una notable habilidad didáctica. No hablamos, por cierto, de una materia cualquiera: se trata del Latín, esa lengua madre que es tronco directo de nuestro propio idioma castellano.

Es una actitud usual en nuestros días la de tender a poner en un segundo plano a aquellas actividades que no conducen a resultados inmediatos. Esta estrecha visión del mundo y de las cosas ha llegado incluso a impregnar algunos ambientes universitarios. Los argumentos son bien conocidos: la necesidad de soluciones prácticas para problemas urgentes, la explícita o tácita búsqueda del beneficio económico, y la primacía de lo utilitario y tangible sobre los conocimientos puros. Llevada a un extremo, esta perspectiva ha conducido, por ejemplo, a suprimir los cursos de lenguas clásicas en muchos centros de formación superior, e incluso a dejar de lado el estudio de nuestra propia lengua castellana. Soy un convencido de que esta actitud atenta directamente contra lo que yo considero es la esencia de una auténtica formación universitaria. Pese a los embates de las modas, nuestra Universidad ha sabido conservar,

---

\* Rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

desde su fundación, hace ya casi ochenta años, un espacio para todas aquellas actividades que contribuyen no sólo a transmitir conocimientos, sino también a forjar espíritus cultivados y universales. Me parece que el libro que ahora presentamos es un claro indicio del terco y esforzado mantenimiento de este ideal.

Quizá esté de más destacar aquí la enorme importancia del Latín. Ya he mencionado que, de alguna manera, la lengua de Tácito y de Cicerón vuelve a vivir cada vez que pronunciamos una oración en castellano. Desde los tiempos de la Antigüedad romana y de la Edad Media, hasta comienzos del siglo XVIII, el Latín fue la lengua preferida para expresar el conocimiento histórico y científico en el ambiente europeo. En Latín se puede leer a Tito Livio, pero también a Erasmo, a Francis Bacon, a Hugo Grotius, y a los mismos René Descartes e Isaac Newton. Sin olvidar, por cierto, a los extirpadores de idolatrías y a los obispos y sacerdotes de nuestra propia época colonial.

Quien pronuncia estas palabras la conoce desde el inicio de su vida universitaria, sabe de su constante y apasionada entrega a la docencia, entendida en su sentido más noble. Por ello, en representación de la comunidad universitaria, y muy particularmente en nombre de sus exalumnos y colegas, deseo manifestarle que extrañaremos mucho su presencia en nuestros claustros.

Vayan, pues, para usted, María Purificación, nuestras más sinceras y sentidas muestras de gratitud y amistad.

## *El camino sigue abierto...*

María Purificación Estébanez Gallego

Me voy a permitir unas palabras y, para evitar que la emoción me domine, prefiero leerlas.

En el prólogo con que el doctor Luis Jaime Cisneros presenta mi *Gramática latina*, he leído algo que, me agrada especialmente. Dice él que "*desde mi primer contacto con el mundo universitario me ha visto bregar por abrir caminos de simpatía hacia el Latín*".

Creo que la imagen de *abrir caminos* refleja acertadamente lo que yo he pretendido hacer; no digo que lo haya logrado, pero de veras que lo he intentado.

Y haciendo memoria histórica del recorrido, mejor, del inicio de este camino, me gusta recordar ahora algunos datos tomados del Archivo de nuestra Universidad. El *Libro de registro de asistencia de profesores* de 1917, perteneciente a la Facultad de Letras, nos dice así, refiriéndose al primer día de clase en la historia de la Universidad Católica: un martes 10 de abril, Morales de la Torre, catedrático titular de Estética, expuso ante escasos alumnos el plan del curso. Ese mismo día hubo clases de Francés, de 11 a 12, y de Latín, de 4 a 5 p.m.

Confieso que, al leerlo, me pareció significativo el que el curso de Latín se hubiese hecho presente desde el primer día. Quizá no pudiera ser de otra manera, tratándose de una Facultad de Letras y de una Universidad Católica. Ya en aquel 10 de abril de 1917 optábamos por las humanidades, que es optar por el hombre y preocuparnos por el hombre.

Pues, volviendo ahora a este camino que entonces se iniciaba, pienso que a mí me ha tocado recorrer un trecho bastante largo, aunque grato siempre.

Este recorrido comenzó para mí un día 4 de abril de 1955, en las

aulas de la antigua Facultad de Letras de la Plaza Francia. Trecho largo, pero grato, y hasta me atrevería a decir fecundo. Recorrido en el que puedo decir que siempre me he encontrado a gusto.

Estrenaba yo en el Perú mi especialidad de Filología Clásica (Latín y Griego), recién acabada, y les puedo asegurar que desde el primer día me sentí como en mi propia tierra, como en mi casa...

También es cierto que en el camino no todo ha sido fácil. Todo camino tiene sus recodos, sus encrucijadas, también he tenido que tropezar con alguna piedra..., mejor, piedrecitas...

La primera y quizá la única, la consabida pregunta: Y el Latín para qué sirve, para qué estudiar Latín, para qué vale el Latín hoy, etc.

Recuerdo sobre todo mi preocupación constante por acertar con la motivación del curso para los alumnos que se iniciaban en el estudio del Latín. El primer día de clase veía en algunos (los menos) ilusión, expectativas, pero en otros, aunque generalmente no lo expresaban con palabras, sus rostros me decían que estaban allí porque había que llevar Latín... Y, ¿cómo convencerlos de que la motivación tenía que ser otra? ¿cómo demostrarles que no sólo vale lo que reporta una utilidad inmediata? Recuerdo haber recurrido en más de una ocasión a la conocida frase de *El Principito*, aquello de que "*lo esencial es invisible a los ojos*", "*no se ve bien sino con el corazón*". Trataba de aplicarla al Latín, y creo que los alumnos se quedaban en lo estético de la frase, pero me parece que el argumento no surtía el efecto deseado...

Entonces era el momento de comenzar a *bregar* para abrir caminos. Había que comenzar por despertar el gusto por el Latín, lo de "*ver con el corazón*"...

Y así, poquito a poco, con paciencia y constancia, saber introducir al alumno en el análisis, la traducción e interpretación del

texto. Partir del texto desde el primer momento: leer, traducir y analizar teniendo presente que las reglas han de desprenderse del texto, y no al revés. **El aprendizaje directo**, como **método**. Una enseñanza progresiva y de dificultad graduada.

Y así, después de unas semanas, o quizá meses, ya los alumnos se acercaban a mi asesoría para decirme que el Latín les gustaba y que habían descubierto en él valores hasta entonces desconocidos para ellos.

- ☆ A unos, el Latín les había ayudado a descubrir la rica cosmovisión humanista de los clásicos y la vigencia actual de esos valores. Un humanismo creador y no mimético.
- ☆ Otros habían enriquecido su universo cultural a través de la etimología latina y también habían encontrado en el Latín una valiosa ayuda para mejorar su ortografía.
- ☆ Todos admitían que un conocimiento, al menos básico, del Latín, facilita un conocimiento cabal de la gramática del español.
- ☆ Y todos subrayaban y destacaban el poder formativo del Latín, el desarrollo lógico y la disciplina intelectual que su aprendizaje exige, como un valioso instrumento para su desarrollo intelectual. Y hasta no faltaban algunos (esto me resultaba curioso escucharlo a varios) para quienes la estructura morfosintáctica del Latín se les había convertido en una especie de gimnasia intelectual, casi, casi un crucigrama o geniograma que les obligaba a pensar, reflexionar y concordar...

Estos son sólo algunos testimonios (no quisiera alargarme), pero, en estos momentos, y al hacer el balance del recorrido, me alegra especialmente constatar que el camino no se cierra, y me he propuesto preparar a quienes han de continuarlo. Por ello, y con el fin de facilitar, he preparado una síntesis, un compendio de *Gramática latina* que no considero acabado, ni mucho menos definitivo, pero que presento y ofrezco con el buen deseo de

contribuir en algo a la continuidad de la enseñanza del Latín en nuestra Universidad, y en este país, para mí tan querido.

El camino sigue abierto, se inicia una nueva etapa, y a mis continuadores les deseo, ante todo, constancia y buen ánimo.

Y ahora me van a permitir algo muy personal. Siempre fui especialmente amiga de una mujer que sabía mucho de caminos. No sólo escribió una obra con este título, sino que ella misma recorrió muchos caminos dentro de la geografía española. Esta mujer, Teresa de Jesús, que también fue siempre "*amiga de letras*" y de letrados, insiste siempre en que para todo se necesitan personas animosas, "*ánimas animosas*", escribe ella en su castellano castizo... Una mujer de voluntad recia, de un ánimo y tesón inigualable, de una "*grande y muy determinada determinación*", nos ha dejado escrito: "*venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, murmure quien murmurare*"... Hay que permanecer, hay que bregar, hay que perseverar en lo comenzado.

Pues, para roturar, para abrir caminos de simpatía por el Latín, para no desmayar en el camino, creo que se necesita especialmente ese ánimo. *Buen ánimo y constancia* les deseo a mis continuadores.

Y gracias a todos, y no sólo a mis alumnos/as, exalumnos/as, sino de modo muy especial a las autoridades de la Universidad y a todos mis colegas. Todos, con palabras y actitudes, me han hecho sentir su apoyo.

Y si ya, en aquel 10 de abril de 1917, optamos por las humanidades, sigamos optando por el hombre, por la persona; sigamos potenciando, especialmente en nuestros jóvenes, los valores humanos y cristianos de nuestra Universidad Católica. Sigamos abriendo caminos... Y gracias, de nuevo, a todos.



*Profesorado emérito*

**12 de setiembre de 1997**





# PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

## CONSEJO UNIVERSITARIO

### RESOLUCIÓN DE CONSEJO UNIVERSITARIO N°983/97

EL CONSEJO UNIVERSITARIO:

Visto el pedido del Jefe del Departamento Académico de Humanidades para distinguir a la doctora María Purificación Estébanez Gallego como Profesora Emérita del Departamento;

CONSIDERANDO:

Que la doctora María Purificación Estébanez Gallego, profesora principal adscrita al Departamento Académico de Humanidades, ha consagrado más de cuarenta años de su vida a la labor docente en nuestra universidad;

Que, desde 1955, la doctora Estébanez se ha dedicado a enseñar el latín a numerosas promociones de distintas especialidades de la Facultad de Letras, como lingüística, literatura, filosofía, historia; y a alumnos de la Facultad de Educación;

Que ha dedicado al país, y especialmente a nuestra universidad, los mayores y mejores esfuerzos de su vida, mediante una ejemplar labor de formación pedagógica y espiritual; y

En uso de las atribuciones que le confiere el artículo 68° del Estatuto de la Universidad;

RESUELVE:

Nombrar Profesora Emérita del Departamento Académico de Humanidades a la profesora *María Purificación Estébanez Gallego*, en reconocimiento a sus altas calidades personales y a sus méritos académicos.

Regístrese, comuníquese y archívese.

Lima, 6 de agosto de 1997.

RAÚL CANELO RABANAL  
Secretario General

SALOMÓN LERNER FEBRES  
Rector

## *Una amiga muy querida*

Jeffrey Klaiber S.J.\*

Hoy día nos hemos reunido para rendir homenaje a una amiga muy querida, quien fue profesora en el Departamento de Humanidades durante cuarenta años.

Por lo tanto, esta ocasión no constituye sólo un acto académico, sino, sobre todo, un reencuentro entre amigos que se conocen y se quieren.

Purificación Estébanez, *Purita*, es como el Dios del Antiguo Testamento: el Dios del Antiguo Testamento se alejaba de su pueblo, pero nunca lo abandonó. Purita se ha alejado de nosotros, pero no nos ha abandonado. Si bien la comparación con Dios parece demasiado sublime, podemos buscar una comparación más humilde. Tal vez ella es como la "hija pródiga" que ha vuelto a su casa. Si bien ella quiere ver cómo nos portamos nosotros, también podemos preguntar si ella realmente se dedica a la oración y al trabajo en España o, tal vez, se divierte también.

En una ocasión como ésta es conveniente hacer una reflexión común. Tal vez podemos comenzar con una pregunta básica: ¿qué es el modelo del buen profesor o la buena profesora? ¿Hacia qué ideal o qué modelo queremos apuntar nuestros esfuerzos?

Éste es un buen momento para volver a lo básico y lo fundamental. En los siglos desde la época de los grandes maestros en Grecia -Sócrates y Platón- y sobre todo desde Cristo, ¿han cambiado las reglas para ser un buen maestro o una buena maestra? Hoy escuchamos constantemente advertencias acerca de la modernización: las universidades tienen que "modernizarse" o no sobrevivirán en el nuevo milenio que se nos acerca. Obviamente, todo esto trae a la mente imágenes de computadoras, medios

---

\* Jefe del Departamento de Humanidades PUCP.

modernos de comunicación y guías con nuevas técnicas para enseñar mejor. Y todo esto nos asusta porque tenemos miedo de quedarnos atrás.

Sin embargo, creo que podemos afirmar con toda sencillez y con firmeza que las reglas para ser un buen maestro no han cambiado, aunque el mundo ha producido muchas novedades.

Entonces, ¿cuál es el modelo para ser un buen maestro? En primer lugar, creo que debemos decir de frente y sin ambigüedades que nuestro ideal, basándonos en una larga tradición humanística, es ser maestro cristiano. Sobre este punto no debemos pedir excusas porque los resultados de una formación que se inspira en el humanismo cristiano son evidentes y abundantes. Podemos decir, modestamente, que lo mejor de la cultura y la ciencia occidental es producto de ese humanismo. Hoy ese humanismo ya no se limita a la cultura occidental: es parte de la herencia mundial.

En segundo lugar, ser un maestro verdadero es una vocación. Se trata de un llamado que uno siente en lo más profundo de su ser. Uno se dedica a su profesión con empeño y con entusiasmo porque la misma profesión le llena de satisfacción. Uno hace las cosas bien -estudia, investiga, prepara sus clases- porque le gusta. El verdadero maestro es un profesional en el sentido auténtico de la palabra.

En tercer lugar, el maestro cristiano se acerca a su profesión con un sentido de servicio y de amor. Su meta es servir a los demás, servir a su universidad, servir a su país, servir a la humanidad en su búsqueda de un mundo mejor. No debemos tener miedo de usar la palabra "amor" en este contexto. El verdadero maestro ama a sus alumnos porque quiere formarles en todos los aspectos de su vida, es decir, contribuir a su formación integral. Al maestro cristiano le interesa el desarrollo de sus alumnos en su vida intelectual, afectiva, psicológica, política y espiritual. Tal vez somos especialistas en un campo, y así debe ser. No obstante, somos profesores *universitarios* y por eso nos motivamos por una visión universalizante de las cosas. Nos

interesa positivamente que nuestros alumnos lleguen a tener un sentido de lo trascendental en sus vidas y, al mismo tiempo, un sentido profundo de *misión* que hay que cumplir en la historia.

Quisiera hablar de la *calidad*. *Calidad* es una palabra que se ha puesto de moda y se ha usado demasiado. Es una de las muchas palabras respetables que corre el peligro de perder su *calidad* porque ha sido apropiada por el mundo del neoliberalismo y de los negocios. Pero vamos a hacer una pregunta básica: ¿en qué consiste la *calidad* en la vida? ¿Y cómo se mide esa calidad? Yo creo que como cristianos ya tenemos una respuesta, y una respuesta muy clara y concreta. ¿Puede haber mayor calidad en la vida que dar su vida por sus amigos? Hemos escuchado esa frase -que hemos cambiado un poco- en la vida de un maestro que dio su vida por sus amigos y, para ser más exacto, también por sus enemigos. ¿No es esa vida un ejemplo de *calidad total*?

Aunque anuncié que mi intención era hablar en abstracto acerca del modelo de un buen profesor o una buena profesora, en realidad creo que podemos decir que Purificación Estébanez es un ejemplo del modelo que queremos presentar. Ella sí es una persona de calidad que dio su vida por sus alumnos y por su universidad en muchos años de servicio. Queremos hoy no solamente rendirle un pequeño homenaje académico, sino también dar gracias a Dios por el mucho amor que ella ha mostrado a nosotros durante tantos años.

Gracias, *Purita*, y esperamos que nunca nos abandones...

*Gaudeamus igitur* \*

Luis Jaime Cisneros Vizquerra

*Emeritus* es un participio de *emer* "ganarse el retiro" y está ciertamente vinculada con un conjetural *merescere* del hispano latín. *Merere stipendia* significaba en el latín de la hora ciceroniana "ganar un sueldo" y era expresión frecuente del lenguaje militar porque, en fin de cuentas, *merere* significaba "servir en el ejército". Varrón lo explicita de este modo: *qui in exercitu donati essent et equo publico mererent*. Al finalizar el soldado romano adquiriría la condición de *emérito*.

Al expresar tales antecedentes etimológicos -y decir con ello gratitud profunda en cuanto toca a los mercedos antecedentes que justifican, en el campo universitario, el galardón que hoy conferimos a la profesora Purificación Estébanez- pongo también de relieve cuánto hay de militancia viva en esta tarea de la docencia universitaria y cuánto necesitamos reforzarla hoy -en la oscura vida de sombras en que tantas instituciones se debaten en la república- para continuar haciendo del estudio, la investigación y el conocimiento, valientes armas de las generaciones venideras. Las batallas libradas por Purificación Estébanez fueron primero en la Universidad de Oviedo para dar cuenta de las Humanidades; luego la vimos esmerada en el largo asedio de la filología clásica en Salamanca bajo la sabia mano de don Antonio Tovar, hasta el triunfo con que la poesía latina de la edad de plata le sirve de limpio escudo para alcanzar el doctorado con que la conocimos aquí, en la plaza Francia, en 1955, cuando inició entre nosotros la enseñanza del griego y el latín. Un breve estudio que publicó en el Instituto de Filología de San Marcos sirvió para que la supiéramos partidaria de la pronunciación restituta, rasgo que sembró acá en la casa y que los muchachos felizmente han heredado.

---

\* Discurso de orden.

Si hemos hecho un alto para homenajearla es esencialmente porque queremos repetir acá, ante todos, la persistente fe de la universidad en las humanidades y en las lenguas clásicas.

En célebre carta que dirigió a un amigo (oportunamente recordada por Heidegger) Petrarca defendía la tesis de que los clásicos tienen sentido sólo si los comprendemos como testimonio de una experiencia originaria y personal. Si no, todo ha de parecernos ajeno a nuestro ser, y por lo tanto inútil. Cuando la universidad propone el mundo de los clásicos no está invitando a recorrer algunos viejos libros. Sino que en los textos se halla la sabiduría de un modo singular. El mismo Petrarca nos recuerda que:

“Los que querían originariamente la sabiduría no han usado libros, que no existían aún, sino que, para encontrar nutrición espiritual, se han dirigido directamente a estos sabios que superaban mucho a aquellos que sólo creían en los libros” (*De vera sapientia*, II)

Y es que la memoria no puede ser cimiento de la cultura. A la facultad de memorizar -postula Heidegger en su *Carta sobre el humanismo*- “debe corresponder siempre la capacidad de olvidar lo que es esencial”, y ese saber no tiene para qué ser transmitido en el almacén de la memoria, pues vería deterioradas sus esencias. El saber debe experimentarse para ser provechoso. El griego y el latín nos introducen en ese escenario placentero y nos ofrecen los elementos necesarios para un sereno y progresivo abreviar en las mismas fuentes. Sólo esa experimentación es formativa. Pero esa experiencia primera debemos aprender a hacerla sobre los textos. Ese es el secreto de nuestras humanidades.

Confesamos hoy, como homenaje al profesorado emérito de Purificación Estébanez, que al hombre debe interesarle más ser en el mundo de la cultura que estar en dicho mundo tan sólo por gracia de una matrona diligente. El estar en el mundo de la cultura poco tiene que ver con nuestras propias esencias que justifican el ser de nuestro ser individual. Si no soy en el mundo en que estoy, la cultura en verdad nos es indiferente. Y claro es que debemos aclarar que no estamos aludiendo a ningún ámbito geográfico sino a la

apertura del ser, a la que vivimos expuestos. La cultura no puede ser hoy un lujo del espíritu, puesto que es un consagrado derecho del hombre, que a través de ella aspira a ver realizado su ser en el mundo. A la universidad interesa que quienes en ella estudian y se forman vivan sabiamente antes que actúen literariamente. Claro es que no solemos adaptarnos con facilidad: no somos un manojo de virtudes porque cada uno tiene su dosis pasional e impulsiva, no somos un ser espiritual puro, y en el conglomerado de los ingredientes va perfilándose nuestro ser en el mundo y nuestros síntomas de contemporaneidad con quienes comparten también el mundo concreto histórico. Por eso Petrarca acierta al afirmar en la carta ya aludida:

“Mientras nuestros deseos no lleguen a un equilibrio y mientras las pasiones se contradicen, también las palabras están en condiciones”

El saber que ha venido transmitiendo Purificación Estébanez a lo largo de tantos años no ha servido para que lo fuese almacenando nuestra memoria, y por eso le agradecemos haber aprendido con ella a experimentar el saber. Las humanidades no constituyeron en ella objeto de erudición sino que fueron siempre un elemento fundamental de las experiencias humanas que exigían ser continuadas y recreadas, saboreadas, para que así pudieran conservar su función y su sentido formativo y, sobre todo, para recrear la tradición.

En esa enriquecida experiencia con que resultamos beneficiados Purificación Estébanez unos días nos acompañó dictando clase, otro día ayudando a que pensáramos las necesarias modificaciones de los sílabos; siempre que hubo que poner entusiasmo y corazón lo hizo con la espontánea alegría que hoy exaltamos para repetirle gratitud. Es por eso por lo que el Departamento se engalana y entona para su nuevo profesor emérito el *Gaudeamus igitur* de la hermosa tradición universitaria.

## *Espíritu siempre alerta...*

*Salomón Lerner Febres \**

Doctora Estébanez:

Su ausencia de la Universidad al no brindar ya cursos en ella, a la que además se añade el alejamiento geográfico, como podrá apreciar, no ha sido motivo suficiente para debilitar el cariño que sentimos por usted todos los que la conocemos.

Al entregarle los símbolos que testimonian la decisión de nuestra Universidad de hacerla Profesora Emérita, permítame a la felicitación institucional añadirle los ingredientes de amistad y reconocido afecto personales.

Desde 1960 en que la conocí, supe de su calidad humana expresada en su sonrisa luminosa y permanente. Si bien ocasionalmente fue usted jurado en algún examen que yo debía cumplir no tuve la suerte de ser su alumno. Eso no impidió que supiera por otros, ellos sí afortunados que, equiparando su bondad, poseía usted magníficas dotes de maestra, sentimiento que luego como Jefe del Departamento de Humanidades tuve la ocasión de confirmar. Su presencia en la Universidad Católica ha dejado honda huella y siendo cierto que los hombres y las instituciones son y serán en buena medida lo que ya fueron, usted ya forma parte de nuestra historia y por ende de nuestra más propia identidad. Así la reconocemos hoy y por ello en esta ceremonia, nuestra Casa de Estudios con actitud memoriosa se vuelca sobre ella misma y, a través de usted, sin soberbia se reconoce como casa de formación integral en la que la Verdad que se persigue a través del conocimiento no establece diferencias con el Bien que debe presidir nuestra conducta.

---

\* Rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Su persona, de esta manera, a la vez que se reafirma en nuestras conciencias como singular e inolvidable cumple una vez más la misión de reavivar nuestra naturaleza institucional, recordándonos por qué y para qué existimos. Por todo esto, por sus dotes personales, por la vocación de entrega en el ejercicio del ministerio docente, por simbolizar el espíritu siempre alerta que debemos cultivar para comprender el sentido de nuestra vida académica, le pido reciba querida doctora la distinción que nuestra Universidad le otorga. Ella, propiciando que se borren tiempo y distancias, confirmará que usted como lo hace ahora, está siempre presente entre nosotros.

## *Universidad y humanismo: una tarea grata y apremiante*

*María Purificación Estébanez Gallego*

Mientras escuchaba las palabras y elogios que me han tributado, no sólo han venido a mi mente sino que también han pasado por el corazón los versos de un poeta salmantino, cuando refiriéndose a los castellanos decía que: *"el amor de los hijos de esta tierra -de Castilla- no sabe ser hablador, pero el amor no por ello es menor"*, *"porque más hondo se encierra"*, escribía el poeta.

Pues bien, de la hondura de ese amor brota también hoy mi agradecimiento, mi gratitud honda y sentida aunque no abunde en palabras y expresiones.

Creo que no soy de muchas palabras, quizá por lo de haber nacido en Castilla (subrayo lo de nacida en Castilla, porque en el Perú, donde he vivido más que en España, me he sentido siempre como en casa, como en mi propia patria).

Por ello, desde ese amor hondo y sincero, pero de no muchas palabras, me voy a limitar ahora a exponer sencilla y brevemente algunas de las ideas sobre las que he reflexionado en estos días al pensar en la distinción con que la Universidad Católica me honra en estos momentos -distinción ciertamente inmerecida-, pero que yo valoro y agradezco especialmente.

He centrado mi reflexión en dos ideas que -creo yo- expresan en apretada síntesis mi trabajo de cuarenta años como docente en esta casa de estudios.

*Mi primera reflexión:* durante este recorrido -largo, pero grato y gratificante- que ha transcurrido desde abril de 1955 a diciembre de 1995, me he ocupado preferentemente en la enseñanza de los cursos de Latín y Griego, también de algunos cursos de Lengua y materias afines, pero siempre dentro del área de las Humanidades. Esto para mí ha sido y sigue siendo particular-

mente significativo, porque apostar por las humanidades es apostar por el hombre, apostar por la persona, y *la persona es siempre lo primero*, la persona por lo que es y no por lo que tiene o produce.

Creo que en esto, la rica cosmovisión humanista del Latín, y en general, la lectura de los clásicos, me ha marcado, y marcado especialmente, pero, por supuesto, no es suficiente enseñar lenguas clásicas, ni leer a los clásicos; no se trata de eso sólo.

Me agrada traer acá la definición sencilla y a la vez profunda, con que Francisco Rodríguez Adrados, destacado filólogo y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, definía la palabra *Humanismo* en una reciente entrevista: “Humanismo -decía él- es el interés por todas las cosas humanas... todo lo que está centrado en el ser humano, *como ser abierto y mejorable*.” Y añade un comentario que me parece interesante: “En algunos países -decía Rodríguez Adrados- como en Estados Unidos, hay una vuelta a la formación humanística porque se ha dado cuenta del tipo de persona que estaban formando.” No quiero detenerme en comentarios al respecto, pero sí quiero subrayar que me agrada especialmente la alusión que Rodríguez Adrados hace a ese ser humano “como ser abierto y mejorable”.

Y pienso yo que en la Universidad, y en especial en el área de Humanidades, se nos brinda ese espacio humanizador ofrecido a la persona como ser abierto y mejorable.

Recordemos que la Universidad, y de modo especial una Universidad Católica, humaniza:

1. Cuando tiene fe en las potencialidades de cada persona.
2. Cuando es ámbito generador y trasmisor de valores.
3. Cuando ama y enseña a amar.
4. Cuando la Universidad está abierta al mundo y a la vida, enseña a mirar más allá de los propios intereses, y se hace solidaria

de los dolores y las necesidades de los otros.

No sigo con más enumeraciones, pero sí quiero confesar que personalmente, y en más de una ocasión, en mis años de docencia, me he sentido interpelada por aquellas palabras del Génesis: "Hagamos al hombre" (y a la mujer)...Me he sentido invitada a colaborar (en la medida de mis pequeñas posibilidades, claro está) en esa obra creadora de Dios que ha creado al hombre (y a la mujer) como ser abierto y *mejorable*.

Vivimos en un mundo inacabado, en el que el hombre (y la mujer) no ha llegado a ser aún lo que está llamado a ser y donde cada uno/a de nosotros podemos colaborar a que lo sea.

Sabemos, además, que a la luz de los principios cristianos que inspiran nuestra Universidad, y con los que me identifico plenamente, *la dignidad humana* adquiere nueva profundidad y las relaciones humanas tienen sólido fundamento. Y ciertamente, no cabe dignidad para mí al margen de la dignidad de los otros, porque no ser solidarios nos impide vivir con dignidad. En cambio, sabemos que ser solidario es el modo más eficaz de llevar una vida verdaderamente humana y que reclama:

- poner el acento en la sensibilidad frente a la indiferencia,
- la generosidad frente a la comodidad,
- la esperanza, no la resignación,
- la gratuidad, no la utilidad,
- el deseo de aprender más que el afán de enseñar.

Y creo también que nunca como ahora, hemos de apostar por un humanismo que busca la transformación social. Transformación y compromiso que en este país, para mí tan querido, que es el Perú, cobra un relieve especial frente a la situación de pobreza, violencia y violación de los derechos humanos.

Pedro Poveda, fundador de la Institución Teresiana y declarado por la UNESCO "humanista y pedagogo", sintetiza así la finalidad educativa y formadora: "que cada persona logre vivir una verda-

dera vida humana". Una vida que integre singularidad y autonomía, apertura y responsabilidad, interioridad y comunicación, su necesidad de interrelación y su conciencia de la Trascendencia.

Por ello -y repito lo que señalaba al comienzo- en el área de Humanidades me he sentido siempre cuestionada por la atención a la persona y su desarrollo integral, algo que la Universidad Católica ha tenido siempre -y yo me atrevería a decir que lo ha conseguido- entre sus primeros objetivos. Buena ocasión es ésta de la celebración de los ochenta años para afianzar y renovar su vocación de servicio en esta grata tarea de formar juventudes, de formar personas.

*Hay una segunda idea sobre la que también me quiero detener. Leí en cierta ocasión lo siguiente: "Hay cosas -decía el texto- que no se pueden enseñar... solo se pueden aprender."*

Mi experiencia como docente me ha permitido comprobar en determinadas ocasiones que ello es muy cierto: hay cosas que no se pueden enseñar... pero se aprenden. Hay ocasiones en que el docente, el maestro, puede provocar situaciones, generar y testimoniar actitudes, señalar motivaciones, pero quizá la labor del verdadero maestro sea tan sólo la de facilitar el momento, despertar, suscitar la situación en la que el discípulo aprende por sí mismo: "El discípulo, entonces, aprende consigo mismo y con Dios." Se trata, sin duda, de "asignaturas" que no figuran en el *currículum*, pero que son necesarias porque se dan y se aprenden en la vida.

Si a lo largo de estos cuarenta años, mi docencia se hubiera limitado a enseñar lenguas clásicas, algo es algo, pero, para mí, sería muy poco. Ante todo, he deseado motivar con el testimonio de vida -al menos lo he intentado- actitudes que generen confianza y comprensión, cercanía y amistad, unas relaciones humanas auténticas y cordiales. Una presencia humanizadora, "un humanismo-verdad".

Con frecuencia, el soberano y el dictador imponen sus leyes, pero el buen maestro, ayuda a crecer, desde dentro y hacia fuera. Asegura la raíz, y acompaña el proceso, estimula y posibilita el crecimiento de la persona. Y es que un buen maestro, además de maes-

tro, es *amigo*. Yo creo que en esto también me han ayudado especialmente los clásicos; recordemos que de una u otra forma, desde Horacio a San Agustín, nos reiteran: "He encontrado un amigo, la mitad necesaria para ser yo entero" (Cicerón).

Por ello, y a punto de terminar, agradezco de nuevo esta distinción que la Universidad Católica me otorga, y que me agrada especialmente, ante todo porque me permite seguir vinculada a esta casa de estudios, a este ámbito tejido -pienso yo- de relaciones cordiales y de amistad con alumnos/as, exalumnos/as y colegas. Y aunque nos separe la lejanía física, el espacio geográfico, hay siempre una cercanía que no necesita espacio y seguirá viva en mi recuerdo y agradecimiento, y creo que también en el de ustedes.

Gracias, de nuevo, a las autoridades de la Universidad Católica, muy en especial al señor rector, doctor Salomón Lerner, a los colegas y amigos, y de modo muy particular a los alumnos y exalumnos. Termino, y esto va especialmente dedicado a ellos, con aquella frase de Horacio, que a mí siempre me ha ayudado especialmente: *SAPERE AUDE*, repetía él a sus alumnos: ¡*ATRÉVETE A SABER!* Yo me permito ahora una traducción más libre -creo que Horacio me la aprobaría-: hay que atreverse a saber, hay que atreverse a aprender, hay que atreverse a pensar, ¡*hay que atreverse!* Creo que ahora más que nunca, en vísperas del nuevo milenio y de la "aldea global y planetaria" que nos auguran, urge saber, urge "saborear", *gustar* en el sentido etimológico del *sapere* latino. Pero saborear necesita calma, seguridad y no ansiedad. Hay que saber, y para ello hay que "saborear" a través del estudio, de la reflexión e interiorización.

Urge aprender y para ello hay que "emprender" la aventura de saber, de atreverse, de asumir el riesgo, en una palabra *de ser más persona*.

Me daría por satisfecha del todo, si mi presencia como docente en esta Universidad Católica ha suscitado en las jóvenes generaciones razones para saber, razones para aprender, razones para crecer, y ante todo y siempre, *razones para esperar*.

## *Testimonios*



## *La profesora Estébanez*

*Carlos Gatti Murriel*

María Purificación Estébanez Gallego, conocida como la doctora Purita (o Purita, a secas) por muchos de sus alumnos y de sus amigos, regresará a España luego de haber trabajado más de cuarenta años como docente en la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde es profesora principal adscrita al Departamento Académico de Humanidades. Desde 1955, y hasta el semestre que está por terminar, la doctora Estébanez se ha dedicado principalmente a enseñar Latín a muchas promociones de alumnos de varias especialidades de la Facultad de Letras (Lingüística, Literatura, Filosofía, Historia) y a alumnos de la Facultad de Educación. Asimismo, desde algunos años, ella ha asumido el dictado de cursos de Lengua en los Estudios Generales Ciencias y diversas asignaturas de la sección de Lingüística.

Nació en León (España) y, luego de realizar estudios de Filología Clásica en la Universidad de Salamanca en 1954, vino al Perú, país al que, desde entonces, ha dedicado los mayores y mejores esfuerzos de su vida mediante una continua labor de formación pedagógica y espiritual.

La partida de la doctora Estébanez será muy sentida por todos los que recibieron sus enseñanzas, como alumnos o como colegas. Mucho se echará de menos su disposición para colaborar con espíritu de sencillez y con afecto, su sonrisa acogedora y su buen humor (que se manifestaba de manera especial cuando corregía las traducciones -algunas muy originales- de los estudiantes de su curso de Latín).

A pesar de la nostalgia que producirá su partida, a los que gozaron de su presencia les quedará el recuerdo de los más de cuarenta años de ejemplo que supo dar durante su permanencia

---

\* Publicado en *INFORME*. Lima: PUCP, 4 de diciembre de 1995, p. 3-4.

en la Pontificia Universidad Católica del Perú. También deja un libro de *Gramática de la lengua latina* (Lima: PUCP Fondo Editorial, 1995, 181p.) recién editado por esta casa de estudios, mediante el cual perdurarán sus ordenadas lecciones.

*Carae magistrae**José Alejandro Cárdenas Bunsen*

Cada día al ingresar al aula y sentir el nervioso pudor de empezar a hablar sobre la lengua de Roma, pienso en la dulce sensibilidad con que la doctora Estébanez iniciaba sus explicaciones. Este recuerdo me devuelve brevísimamente a sus tan recordadas clases llenas de demorado ejercicio de latín que comprendía, entre otros temas, la repetición de las declinaciones, la flexión de los verbos. Ciertamente, eran tareas al principio arduas y penosas para nosotros los aprendices, pero, sin darnos cuenta, la paciencia y el cariño de la doctora Estébanez terminaban por dar vida a los procedimientos gramaticales a través de los fragmentos que ella elegía para traducir y también a través de los comentarios que interpolaba como presentación de los autores clásicos. Así transcurrían sus clases en las que poco a poco nos conducía por los secretos y por las bellezas del latín y así también la veíamos orgullosa de profesar el cultivo de la antigua lengua de Roma. Al final de cada clase, la doctora Estébanez salía perseguida por nosotros, sus estudiantes, que la solicitábamos para preguntarle algo que la timidez nos había impedido de hacerlo en el aula. No sé cómo contar el expresivo rostro risueño de la Dra. Estébanez al descubrir que nuestras traducciones estaban muy lejos del sentido de la frase latina original, ni menos sé expresar la entrega con que nos intentaba llevar a destejer la trama de un largo periodo de Cicerón, por mencionar a uno de los autores más frecuentados en sus clases. Pero su trabajo, con ser mucho, rebasaba la formalidad de las aulas, ya que eran muchas más las horas que dedicaba al diálogo durante los momentos destinados a la atención de estudiantes en su despacho. Allí la encontrábamos siempre amable, siempre dispuesta a oír, pronta a aconsejar y generosa para compartir largas charlas sobre Santa Teresa de Jesús, sobre San Juan de la Cruz o sobre su querida universidad. Y es que la doctora Estébanez provenía de la añosa Universidad de Salamanca de orgullosa tradición castellana. Era así que frecuentemente revivía sus recuerdos de aquellas aulas que dirigieran, en momen-

tos distantes, fray Luis de León y don Miguel de Unamuno. Airosa, la doctora Estebáñez nos contagiaba de entusiasmo hacia los lejanos claustros salmantinos y nos hacía estallar de risa al contarnos con benévola ironía que, en los tableros de las carpetas conservadas del aula en que solía dictar latín fray Luis de León, se hallaban las mismas tallas que usaban los alumnos durante los exámenes como deshonesto recurso nemotécnico para aliviar sus memorias de las particulares flexiones y declinaciones latinas. No dejaba de subrayar la doctora Estebáñez la asombrosa coincidencia con las carpetas de nuestra querida Facultad de Letras y Ciencias Humanas. En suma, la doctora Estebáñez nos regalaba todo lo mejor de sí misma sin reservas de ninguna clase, y esa entrega, creemos, es la lección más cabal y completa que la doctora Estebáñez ha dejado en los que hemos sido sus discípulos en la Universidad Católica, una enseñanza que -cupiera resumirse con las mismas palabras de Jorge Guillén, poeta frecuentado por la doctora Estebáñez- es prueba de una inquebrantable «fe de vida». No puedo dejar de confesar, entonces, que casi diariamente al ingresar a las aulas y sentir el temblor inicial de continuar en la brega que ella por tanto tiempo labró en nuestros claustros, recuerdo a la doctora Estebáñez con todo cariño y brindo las lecciones de la mejor manera que me es dado hacerlo, no sólo en aras de la formación de los estudiantes, sino también como silencioso homenaje a quien a cada paso tanto nos enseñó y aun desde lejos siempre nos tiene presentes.

## *Recordando a la maestra*

*Álvaro Cerrón-Palomino López*

Todavía recuerdo el primer par de oraciones latinas con que me enfrenté, allá por el año de 1990: *Quid est nix? Aqua sicca*. De éstas, la única palabra que había que buscar en el diccionario era *nix*, "nieve", pues las restantes, por su evidente similitud con sus equivalentes castellanos, fueron inmediatamente comprendidas y traducidas por mis compañeros y yo.

Era ésta la manera en que *la maestra*, como solíamos llamarla sus más entusiastas seguidores (*Purita* la llaman sus colegas), propiciaba el interés de los alumnos en la otrora lengua de *la cultura*: mediante la autoconfianza. En efecto, la estrategia lectiva del fracaso inicial, tan usada en otras áreas del conocimiento, no era del gusto de la doctora Purificación Estébanez, pues ella más bien apostaba por un "éxito inicial" que no desanimara a un alumno rodeado por un mundo pragmático, que cuestionaba constantemente el aprendizaje de una lengua extinta. De esta manera, los que por primera vez tomaban contacto con el Latín, a través de su léxico, se sentían bastante capaces de hacerlo suyo, toda vez que éste era muy similar al castellano y, en muchos casos, no había necesidad de recurrir a un diccionario para entenderlo. Era ésta, pues, una estrategia de alguien a quien la experiencia había enriquecido con recursos más que suficientes para abrir camino al latín en un contexto cada vez menos humanista y cada vez más práctico.

Conocedora de que el Latín era tradicionalmente catalogado como de naturaleza "complicada" (más por la destreza retórica de sus exponentes que por características del propio sistema lingüístico), la doctora Purificación Estébanez se esmeraba en presentar a sus alumnos un curso sencillo, que no contribuyera con la creencia de que aprender las nociones básicas del Latín era una empresa fatigante. Tenía, pues, la maestra, el preciado don de hacer que lo difícil se mostrara como fácil, y prueba de ello es que, hasta donde yo recuerdo, la gramática latina no era

temida por nosotros, sus alumnos, sino antes bien considerada como una meta alcanzable sobre la base de dedicación y ejercicio. Este afán de mostrar lo aparentemente arduo como manejable, quedó corroborado con la publicación de su *Gramática de la lengua latina*, en cuya *presentación* la maestra advertía: “La teoría gramatical expuesta no pretende ser exhaustiva sino tan sólo básica y de valor instrumental, conscientes de que la Gramática no es un fin sino un medio”.

Siempre pensando en la integridad de sus alumnos, la maestra era delicada hasta en la identificación y corrección de los errores de éstos. Así, cuando en la lectura de los textos, previa a su traducción y análisis gramatical, ella advertía pronunciaciones como [rosæ] o como [monéo], repetía el texto en su integridad, poniendo énfasis en la correcta ejecución de las mismas: [rósæ] “de la rosa, para la rosa” y [móneo] “yo aviso”. De esta manera, los alumnos se familiarizaban con las tendencias articulatorias del latín, distintas en tantos aspectos de las castellanas. Del mismo modo, al proponer alguno una traducción errónea, procuraba la maestra no contestar con un “no”, sino buscaba la manera de corregir los desajustes gramaticales o semánticos sutilmente, de modo que el alumno no se viera avergonzado.

Si bien mi admiración por la doctora Estébanez era grande cuando fui alumno suyo, ésta se fue acrecentando cuando tuve yo el privilegio de asumir la cátedra que ella, inmerecidamente, me legaba. La responsabilidad de asumir los cursos introductorios de la gramática latina (Latín 1 y 2) reposaba sobre mis hombros. Y fue entonces cuando reparé en los esfuerzos que mi maestra derrochaba para tornar atractivos estos cursos iniciales. Ganarse al alumno desde el principio con una estrategia infalible, mostrar lo complicado como algo sencillo y corregir los errores de la manera más sutil posible, cualidades que he mencionado de entre las muchas que posee la doctora Estébanez, cobraron otra dimensión, una dimensión máxima, cuando encaré el latín desde el otro lado del pupitre. Si he logrado, aunque sea pálidamente, aproximarme a las cualidades docentes de la maestra, o al menos, desarrollar métodos alternativos igualmente eficaces,

el tiempo y mis alumnos lo dirán. Al menos, ése ha sido mi objetivo.

Para finalizar, me permito retomar una frase con que la doctora Estébanez dio título a su discurso con motivo de su nombramiento como Profesora Emérita de nuestra universidad. "Como en casa" había dicho aquella vez la maestra, refiriéndose al Perú y, en particular, a esta casa de estudios, recordando (aunque en sentido denotativo y no connotativo) el viejo dicho latino *Ubi bene, ibi patria* "Donde se está bien, allí está la patria", y una vez más, como en la elección de los métodos de enseñanza que empleó en sus cursos, no se equivocó. Como peruano, como ex-alumno y profesor de esta universidad, me atrevo a escribirle a la doctora Purificación Estébanez en lengua muerta, mas con sentimiento vivo: *haec etiam tua patria est, magistra.*

## *La profesora que guardaba con suma pulcritud la pronunciación del Latín*

*Óscar Hidalgo Wuest  
y Luis Miguel Espejo Silva Santisteban*

Acaso sea poco lo que sabemos de aquella profesora que guardaba con suma pulcritud la pronunciación del Latín. Sin embargo, no poco podemos decir de su imagen, que quedará en nuestras memorias como la de una menuda personita, tan cercana a lo que podría ser una ayudante de Papa Noel: especialmente en invierno, cuando se la veía avanzar alegremente a través de la rotonda de Letras con un abrigo verde, acolchado con una felpa crema que debió protegerla innumerables veces del clima de nuestra ciudad.

“Puri”, le decíamos nosotros, sus últimos pupilos en las letras latinas; los otros, los mayores, le decían “Purita”. Y es que nuestra generación es muy proclive a economizar las palabras y, en contraste, poco dispuesta hacia la filología clásica. Tal vez por eso la actitud maternal de Purificación Estébanez, a la que aprendimos a no confundir con una inexistente “Estébañez” desde la primera práctica calificada: muy clara fue su advertencia, y en excelente castellano de pura cepa, como ella.

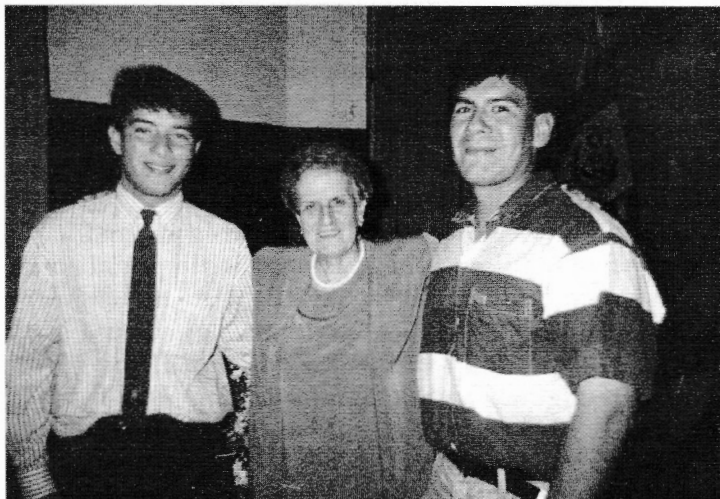
Puri -permítasenos llamarla así- mostraba que su emoción por el Latín era, también, ese conocimiento de lo humano que nos permiten los clásicos. Pocos son los maestros que como ella apreciaban la gentileza del espíritu humano y también su libertad. De ahí que nunca nos exigiera una dedicación grave hacia el Latín; de ahí también que siempre estuviera dispuesta -cuando no, emocionadísima- ante cualquier inquietud particular hacia su curso. Esto lo sabíamos tanto como ella. Por eso que para ella que un alumno aprobara no era lo esencial; le interesaba más -y eso se notaba en su mirada- que el Latín pescara a alguien para los arduos caminos de esta disciplina y el conocimiento, tan caro a ella, de la cultura latina.

¿Cómo faltar a clases? ¿Cómo no atenderla tiernamente, a pesar de los mismos chistes, repetidos ciclo a ciclo, de las mismas bromas y

de las mismas historias? Probablemente la respuesta se encuentra en una añoranza infantil, una necesidad de sabernos aprendices de una narradora oral extraordinaria. Y precisamente de eso se trataba: Puri fue para muchos esa profesora que llegaba puntual por las mañanas a relatarnos historias de guerra y derrotas, leyendas que explicaban el mundo, fábulas de animales y cuentitos populares de tiempos de Roma. Claro está, para entenderlos, había que trabajar: muchas veces con ayuda de una pésima intuición; otras veces, gracias al *Vox Español-Latín* (anotado y comentado por cada uno de nosotros, con todas las declinaciones).

Es difícil apreciar el valor real que produzca el conocimiento del Latín, y ciertamente pocos serán quienes enfoquen sus esfuerzos hacia la filología clásica. Sin embargo, no fue solamente Latín lo que aprendimos con Puri, no. Con ella tuvimos una lección más bien humana: aprendimos del apasionamiento por el conocimiento, del gusto que da el poseer la clave de una lengua que encierra, en muchos sentidos, los cimientos de nuestra cultura espiritual y ciudadana. Tal vez fuimos pocos los que nos dimos cuenta de su vocación, pero algunos, ahora, dan testimonio de Puri en las aulas que ella dejó.

Sin embargo, por experiencia sabemos que las enseñanzas no dependen enteramente de lo que está escrito, más bien dependen de la buena y atenta disposición de quien escucha y rescata, entre las líneas de lo dicho, las magníficas sorpresas del mundo. Con la misma impaciencia con que esperábamos a que Puri terminara de redactar en la pizarra el párrafo que debíamos traducir en los exámenes (fuera del aula, para no adelantar las consultas al citado *Vox*), con esa misma impaciencia esperamos ahora que no cesen de brotar en nuestra memoria las palabras de nuestra maestra, que guardaba con suma pulcritud la pronunciación de Latín... y del castellano.



En el Auditorio de Humanidades, la doctora Estébanez con sus discípulos y sucesores en la cátedra de Latín, profesores José Alejandro Cárdenas Bunsen (*izquierda*) y Álvaro Cerrón-Palomino López (*derecha*).

## Índice

### **Presentación,**

por el Dr. Pedro Rodríguez Crespo,  
profesor emérito del Departamento de Humanidades 5

### *MEMORIAS*

#### **Como en casa:**

**mis cuatro décadas en la Universidad Católica,**  
por María Purificación Estébanez Gallego 9

### *PRESENTACIÓN DEL LIBRO GRAMÁTICA DE LA LENGUA LATINA*

**Algo que perdura,**  
por Pepi Patrón Costa 21

**Los frutos de una larga siembra,**  
por Óscar Mavila Marquina 24

**Homenaje a la calidad humana,**  
por Salomón Lerner Febres 30

**El camino sigue abierto...,**  
por María Purificación Estébanez Gallego 32

### *PROFESORADO EMÉRITO*

**Resolución del Consejo Universitario  
Nº 983/97 (6 de agosto de 1997)** 39

**Una amiga muy querida,**  
por Jeffrey Klaiber S.J. 40

**Gaudeamus igitur,**  
por Luis Jaime Cisneros Vizquerra 43

**Espíritu siempre alerta...**,  
por Salomón Lerner Febres 46

**Universidad y humanismo:  
una tarea grata y apremiante,**  
por María Purificación Estébanez Gallego 48

**TESTIMONIOS**

**La profesora Estébanez,**  
por Carlos Gatti Murriel 55

**Carae magistrae,**  
por José Alejandro Cárdenas Bunsen 57

**Recordando a la maestra,**  
por Álvaro Cerrón-Palomino López 59

**La profesora que guardaba con suma  
pulcritud la pronunciación del Latín,**  
por Óscar Hidalgo Wuest  
y Luis Miguel Espejo Silva Santisteban 62

## PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

### *Archivo de la Universidad*

*César Gutiérrez Muñoz*  
Archivero de la Universidad

*Beatriz Montoya Valenzuela*  
*Sheyla Prado Guevara*  
Archiveras

*Arturo Fernández Farro*  
*Christian Prada Flores*  
Alumnos colaboradores

*Vanessa Veintemilla Minaya*  
Archivera colaboradora

*Elizabeth García Vásquez*  
Diagramadora

Ejemplar N° **2**

El número 8 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de imprimir el 15 de octubre de 1998, festividad de santa Teresa de Jesús, doctora de la Iglesia, en Fredy's Publicaciones y Servicios e.i.r.l. La edición consta de trescientos ejemplares numerados.